

OFICIALES Y SOLDADOS



GONZALO CANAL RAMIREZ

He leído un comentario de alto elogio al ejército, por cuanto hace por la seguridad nacional y el mantenimiento de las instituciones. El articulista, a renglón seguido, aclara que esa apología es solamente para los soldados, porque los oficiales no hacen sino pasear en Mercedes Benz y pasarla bien en lujosos despachos.

En milicia todas las responsabilidades caen sobre los superiores, quienes son los que tienen la obligación directa de toda acción, así sea ordinaria o extraordinaria. En milicia nada se hace sin una orden del superior.

El mando en lo militar va desde el puro planeamiento teórico hasta la nimia ejecución de todos los detalles. Un ejército con excelentes soldados y malos oficiales sería exactamente como

un automóvil sin motor, como un edificio con piso y techo, pero sin columnas ni paredes. En lo militar el mando es la urdimbre que estructura toda la institución.

No es imaginable en ninguna organización, a la cual se le reconoce eficacia, como el escritor a quien aludo se la reconoce a nuestro ejército, donde los subalternos sean excelentes y pésimos los jefes. Equivaldría a ponderar las cualidades de un vehículo donde fuere excelente la materia prima, pero inservible el tren de dirección, el de fuerza motriz, el de transmisión y el de rodamiento. En materia militar la afirmación de mi colega periodista es antológicamente incomprensible. A un ejército, a cualquier ejército, en cualquier lugar del

mundo, lo mueven, en todas y cada una de sus partes, los oficiales. Desde la simple patrulla o escuadra hasta la brigada y el complejo total de las fuerzas militares, nada es eficaz sin un buen comandante. Con un excelente comandante, soldados mediocres producen acciones extraordinarias. Soldados magníficos con malos comandantes, no pueden hacer más que morir heroica o totalmente, u holgazanear.

Pero si el muy merecido elogio de mi colega a los soldados —que comparto en todas y cada una de sus letras— va, como de hecho va, al reconocimiento de una acción estable, eficaz, benéfica del desempeño de aquellos, es preciso prescindir del heroísmo, porque el heroísmo es un relámpago, y la estabilidad y la continuidad es la luz. El heroísmo puede salvar una situación de momento, pero no estructurar una organización perdurable, estable y continua. Pretender que nuestro ejército cumple por el solo heroísmo de sus soldados sería como programar la iluminación de una ciudad a base de relámpagos. Si nuestros soldados son buenos en promedio, nuestros oficiales no pueden ser malos en promedio, ya que son los oficiales quienes instruyen, entrenan, conducen y mandan en todo momento a esos soldados. Además de que el oficial tiene que ser más soldado que sus soldados.

Los soldados, en el servicio, no pueden tener iniciativa propia, ni acción individual, ni desempeño particular, ni actividad ninguna independiente de su cuadro. La organización militar trabaja en equipo y el equipo no funciona sin jefe.

Este es un primer principio ineludible y continuo desde que el primer ejército apareció en la historia. Si no hay oficiales buenos no habrá nunca ejército bueno. Napoleón, que algo sabía de estos achaques y que amaba a

sus soldados hasta el delirio y conocía la excelente calidad del soldado francés, cuando analizaba sus acciones militares imputaba la responsabilidad de los éxitos y de los fracasos a los comandantes, sin desconocer nunca el mérito de los subalternos.

Lo segundo que se me antoja pensar al releer el comentario aludido, es que su autor desconoce nuestra oficialidad y el cometido que esta realiza todos los días. Cae en el fenómeno tan común de juzgar por las apariencias. El Mercedes Benz de los comandantes superiores, que costó al Estado menos que un Willys y el confort de algunos despachos del Ministerio de Guerra, que son apenas instrumentos de trabajo y no gajes de los cuarteles.

Si hay alguna profesión en Colombia que exija permanente y sacrificado esfuerzo es la del oficial, a quien el deber le demanda a cada momento el empleo total de un tiempo que supera la jornada normal de trabajo de cualquier otro profesional o empleado y una variedad de servicios que van desde la instrucción a los reclutas hasta la garantía de la vida y de los bienes de todos los ciudadanos. En las otras profesiones la continuidad en su ejercicio no está condicionada al exacto cumplimiento del deber como en la militar, en donde una falla cuesta muchas veces no solamente la vida ajena sino la propia, a más de, cuando no se trata de la vida física, también la vida profesional, ya que una deficiencia en materia grave, o en materia leve, pero repetida, cuesta la baja.

En cuanto a las condiciones económicas a que el articulista se refiere, basta repasar la muy exigua cuantía de nuestros sueldos militares para darse cuenta de que un obrero especializado gana más que un subteniente, de que un notario de pueblo gana más que un comandante general de dos soles, incluidas primas y adehalas, que

la opinión falsamente juzga muy pingües. El galardón del oficial es el honor, el sacrificio y la pobreza con que le paga el Estado que en estas épocas, en Colombia está seguro por la abnegación del oficial.

Un solo elemento de juicio, entre muchos, podría dar materia de criterio. Puede afirmarse, sin temor a dudas, que de Teniente Coronel en adelante, los oficiales trabajan gratis. Porque, si en ese grado del escalafón se retiraran, el sueldo de retiro —muy inferior a la de las jubilaciones del trabajo privado— después de igual número de años de servicio y en igualdad de funciones desempeñadas más cualquier remuneración por cualquier oficio, aún el más modesto, que el Teniente Coronel, el Coronel o el general retirado desempeñarse en la vida civil, le daría mayor entrada que su sueldo de actividad. Los oficiales en esta circunstancia, sin embargo, no se retiran

nunca por esta consideración, porque hay motivos superiores para mantenerlos en la profesión que eligieron como misión, vocación y ejercicio de ideales.

Despreocúpese mi estimable colega, porque cuando hizo el elogio justo del soldado y quiso proferir tan inmerecida diatriba contra el oficial, solo estaba escribiendo el panegírico de este soldado y oficial en un ejército son un binomio integrado e indivisible, como el oxígeno y el hidrógeno en el agua. Si el agua es buena, ambos deben ser buenos.

Si esto no bastare al argumento del Mercedes, repasen sus sustentadores la larga lista de oficiales inválidos, heridos y muertos en actos del servicio, sobre cuyas lápidas el autor del despropósito ha escrito un epitafio de oprobio y de ignominia, ante el cual se rebela mi condición de papá de dos soldados.

